
ENTREVISTA AL DR. ARMANDO CAMPOS SANTELICES

En los años setenta, la Psicología costarricense estaba en construcción. En esa etapa recibió a profesionales chilenos y argentinos que se alejaban de regímenes dictatoriales en sus respectivos países. Comprometidos con la hospitalidad solidaria recibida en la UCR y en nuestro país, se convirtieron en una generación extraordinaria de personas pioneras y dejaron una valiosa impronta. La idea de esta semblanza, basada en una entrevista, fue realizar un conversatorio amplio sobre este período inicial y conocer los criterios y conceptos del Dr. Armando Campos Santelices, integrante de este selecto grupo.

Estuvieron presentes como entrevistadores el Dr. Manuel Martínez Herrera, el Dr. Daniel Flores Mora y la MSc. Ginette Sánchez Gutiérrez.

P: Háblenos por favor de su vida académica en su país natal.

R: Antes de eso. Permítanme decir que siento esta conversación como una oportunidad, que agradezco, para retomar un pedacito de la memoria de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica. El próximo año (2025) cumpla 50 años de pertenecer a la institución

Obtuve en la Universidad de Chile el título profesional de psicólogo. La Licenciatura era únicamente para personas que quisieran dedicarse a la enseñanza de la Psicología. En cuanto me gradué, fui contratado por la Universidad de Concepción, también chilena, como profesor a tiempo completo.

Pocos años después de terminar el mencionado contrato, realicé un posgrado en un país de Europa occidental. Muy pronto advertí que ese programa se inscribía en una política universitaria de corte neocolonial, de baja calidad y un número excesivo de estudiantes, a pesar de darse en una universidad antigua y prestigiosa. Lo terminé por razones contractuales y rara vez me refiero a ello.

Aunque pienso que la capacidad académica se demuestra mediante el desempeño concreto como docente o investigador, realicé ya en Costa Rica una maestría académica en Educación en la Universidad de Costa Rica, con la idea de perfeccionarme como profesor.

P: ¿Nos podría hablar sobre su experiencia cuando en Chile asististe a un condenado a muerte?

Fue una experiencia que marcó mi vida personal y profesional. Él se llamaba Jorge del Carmen Valenzuela Torres, pero la prensa sensacionalista lo apodó “El chacal de Nahueltoro” (localidad del sur de Chile en que cometió su crimen).

Lo acompañé, excepto cuando dormía, durante los tres días que duró su “capilla”, es decir, una medida de inspiración religiosa según la cual se aislaba al preso a fin de ofrecerle la oportunidad de arrepentirse y recibir a solas su extremaunción. Durante ese corto tiempo, no conversamos mucho. Él estaba profundamente triste y parecía pensar en lo que el sacerdote le dijo: “cometiste un crimen muy grave y debes pagar según la ley de los hombres”. Quisiera resaltar algunas vivencias inolvidables de ese momento lejano:

Jorge mató, en estado de ebriedad, preso de una gran ira, a la mujer con que convivía en una vivienda hecha de ramas junto a un río, porque se negaba a darle dinero para seguir bebiendo. Acto seguido, asesinó a los cinco pequeños de ella, incluyendo un bebé de pocos meses.

Le hice una pregunta, que tal vez no haría ahora: “¿por qué a los niños, Jorge? En lugar de responderme lo que yo esperaba, me contestó algo que demoré en entender: “para que no se quedaran solos”.

Posteriormente comprendí, más allá de mis 21 años que la noción de soledad encuentra diversas definiciones. Para ese joven de 23 años estar solo significaba un cúmulo de vejaciones, abusos y maltratos cuando deambulaba por los campos vestido con harapos y sin jamás cortarse el pelo. Su propio padre lo castigaba colgándole por los brazos a un árbol y luego lo echó de la vivienda.

Quiso entonces que los hijos de su conviviente no quedaran en soledad, porque eso significaba sufrir todos los días. También realizó un acto ritual para que los malos espíritus no se llevaran sus almas: puso piedras del río en sus pequeñas manos.

Faltando poco para su ejecución, tomó una hoja en blanco y con el lomo de un libro trazó en ella unas 20 rayas horizontales. Si no lo hacía, su escritura incipiente se desviaba. Me escribió solamente: “Muchas gracias por estar conmigo, compañero”. Experimenté una intensa ansiedad, parecía olvidar, como escolar en el aula, que se iría en unas tres horas.

En la cárcel habían transformado a Jorge del Carmen, desde su captura a los 20 años le enseñaron a leer y escribir, un oficio, lo catequizaron y por supuesto cambiaron su vestimenta y aseo. ¿Con qué propósito lo fusilaron si ya era otra persona?

Me pareció atroz, estúpido y un tremendo contrasentido. Estos hechos me llevaría años más tarde a interesarme por la Criminología, materia que fundé en nuestra Escuela.

Caminé junto a él cuando marchó hacia el patio de fusilamiento. Iba tranquilo, aunque tal vez no oía los gritos con que lo despedían otros reclusos. En algún momento, trastabilló y me pidió tomar su brazo. ¿Se imaginan, ayudar a caminar a un hombre que se dirige a su muerte?

Una vez que se sentó, le pusieron sobre los ojos una venda larga, que sirvió para amarrar su cabeza al poste que le servía de respaldo. Su última palabra fue “bueno”, cuando le pidieron sentarse más atrás en el banquillo. El fusilamiento no fue como lo había visto en el cine, los fusileros entraron en silencio y con calzado deportivo; mientras el preso estaba con los ojos vendados. A una señal con el sable de quien dirigía el pelotón, dispararon de manera certera.

En el año 1969 fue derogada la pena de muerte en Chile.

P: ¿Por qué eligió Costa Rica para su exilio?

R: Una vez que tuve la certeza de que mi vida peligraba en Chile, me fui a Buenos Aires, Argentina, creyendo que la dictadura terminaría pronto y estaría más cerca de mi país cuando eso ocurriera. Sin embargo, ésta se extendió por 17 años.

Era muy problemático el tema del empleo en Argentina y yo no renunciaba a la idea de continuar en la academia. No obstante, las contrataciones en la Universidad de Buenos Aires eran muy inestables y mis ahorros se achicaban. Inesperadamente, recibí una beca de CLACSO y me instalé como investigador en el Instituto Torcuato di Tella, hoy universidad, y ya no tuve problemas para mantenerme. Sin embargo, la beca era por un año y entonces, junto con un colega chileno emprendimos un periplo en busca de un empleo universitario. Comenzamos por Perú y Ecuador, también cercanos, pero no surgió nada. Posteriormente, llegamos a Venezuela. Mi padre era venezolano y me consiguió un empleo muy interesante en la Siderúrgica del Orinoco, como Director de Cultura. Estuve a punto de tomarlo, pero al llegar a Ciudad Guayana, el calor era para mí intolerable. Seguimos a la Universidad de Panamá, sin encontrar posibilidades de interés. Mi amigo acompañante decidió en ese momento, aceptar una beca de posgrado en Gran Bretaña.

Finalmente, arribé a Costa Rica, de la que los habitantes del Cono Sur nada sabíamos. Pienso que esto cambió mucho con la Revolución Sandinista que incrementó significativamente la cobertura mediática internacional de la región.

Aquí estaba mi amigo hermano Santiago Quevedo Reyes, profesor en nuestra Escuela, que me puso en contacto con lo que entonces era la Sección de Psicología de la Escuela de Ciencias del Hombre. Acudí a una cita con su Director, William Reuben Soto, con quien inmediatamente hablamos sobre mis calificaciones y expectativas. Era muy notable la presencia de un señor vestido elegantemente, que súbitamente me preguntó si estaría disponible para impartir un curso de Psicología Fisiológica. Era el Dr. Carlos Manuel Quirce Balma. Dudé en contestarle, porque pensé que una respuesta negativa me significaría perder una gran oportunidad. William me salvó diciéndole: "no le preguntés eso, él es psicólogo social".

Me atrajo fuertemente la cultura costarricense. El país me cautivó, su gente, sus paisajes. A William le quedo agradecido por recibirme y Carlos Manuel a poco andar fue un amistoso rival académico y un gran amigo. Lamentablemente falleció, al igual que Santiago, mi compa.

Mientras me incorporaba a la planta docente de la Escuela de Ciencias del Hombre, presté servicios como profesor en la Facultad de Medicina (Licenciatura en Ciencias Sociales de la Salud) y luego en el Instituto de Investigaciones Sociales, cuyo Director el Dr. Daniel Camacho Monge, me ofreció quedarme, pero ya tenía un contrato en Psicología, donde había mucho que hacer.

Para comenzar mi labor, tuve la oportunidad de fundar el curso de Psicología del Trabajo, que duraba dos semestres, y de abrir un Seminario de Fundamentos de Criminología, que luego dio lugar a Psicología Criminológica y Forense, también a mi cargo. Además, me correspondió programar e impartir un primer Curso de Metodología de la Investigación Psicológica, ya que anteriormente había solamente un curso en que se analizaban proyectos.

En los siguientes años, continué cooperando en el marco de los siete cursos de Investigación y dirigiendo tesis de grado. Abrí un Curso de Rehabilitación Integral, dirigido a niños, jóvenes y adultos, para al cual se contó con el apoyo de numerosas instituciones. No continuó, porque tuve que reducir mi jornada temporalmente.

Colaboré unas pocas horas en un Curso de Psicología de la Salud, que en algún momento entró en crisis, porque el enfoque de salud pública sustentado por la docente a cargo no respondió a las expectativas de los estudiantes, inclinados hacia lo clínico.

En mis últimos años como docente tuve la iniciativa de promover un "módulo" (que en la práctica fue curso) sobre Psicología del Deporte. Al comienzo, mi propuesta no fue acogida por numerosas personas docentes de la Escuela, porque pensaron que se orientaba únicamente hacia el alto rendimiento

deportivo, que a su vez no tiene una demanda de empleo significativa. El panorama cambió cuando pude exponer los importantes servicios que el deporte ofrece a la salud colectiva, a la rehabilitación integral, a la educación, la prevención de la violencia social y a otros sectores de programación social. Conduje ya retirado el curso Psicología del Deporte y la Recreación, en dos períodos y fue una de mis experiencias más gratas en la Escuela de Psicología (de la Universidad de Costa Rica).

Dicho sea de paso, en la Universidad Nacional, fui hace bastantes años Director de su Departamento de Psicología. Hice lo que pude al desarrollar programas en las tres áreas universitarias sustantivas. No obstante, el ambiente hiperpolitizado, en el peor sentido del término, que había en ese entonces (superado hace muchos años) desbordó mi paciencia y renuncié al cumplir un año y medio de gestión.

P: ¿Podría referirse a las consultorías o empleos no académicos que haya realizado?

Sin nunca dejar del todo la Universidad, formulé y coordiné muchos proyectos, para casi todas las agencias de la ONU, especialmente la Organización Panamericana de la Salud (OPS) y el PNUD. Mi empleo extrauniversitario más largo fue como Delegado de Desarrollo en la Federación Internacional de la Cruz Roja. Antes de eso trabajé por un año en el Patronato Nacional de la Infancia.

P: Algunas veces le hemos escuchado hablar de lo que llamás tus “fracasos” en la Escuela.

R: Sí. Mi mayor fracaso viene desde hace 34 años. La Asamblea de Escuela aprobó, en 1989 al cabo de discusiones muy interesantes, una propuesta que presenté ante ella acerca de la instauración de un sistema modular en el plan de estudios. Estoy tratando de obtener las actas correspondientes.

Los módulos se definen como unidades de enseñanza, aprendizaje y sensibilización ante grandes problemas de la realidad nacional, no con base en temas. Por ejemplo, sobre la reciente pandemia y la violencia social. Se conciben como una herramienta profesionalizante destinada a complementar los cursos (no a “competir” con ellos) y se inspiraron en la exitosa experiencia que hasta hoy se desarrolla en la sede Xochimilco de la Universidad Autónoma de México.

En realidad, no hay ni ha habido jamás módulos en nuestra Escuela. La primera paletada que los enterró, se dio cuando el creditaje destinado a su apertura se asignó a cursos, que hasta hoy llevan, de manera impropia, el nombre de módulos.

Un tanto de modo paradójal, la idea original acerca de los módulos ha rebrotado durante el tiempo que siguió a su desaparición. Por ejemplo, en el II Congreso de la Escuela y en artículos escritos por colegas. Pero tampoco eso dio frutos.

Actualmente, estoy haciendo un último intento con el propósito de recuperar la idea original sobre el asunto. Para ello presenté un escrito ante nuestro actual director de Escuela, Dr. Jorge Sanabria León, para que se vea como parte del proceso de cambio curricular en marcha.

Otro de mis fracasos tiene que ver con lo que en alguna publicación motejé como “paradigmatitis”. Dicho sea de paso, el concepto de paradigma, si se toma de la obra de Kuhn, deja muy mal parada a nuestra disciplina.

Pero todo indica que no va por ahí el problema: lo que se ha hecho es bautizar con un nombre más elegante a las corrientes de pensamiento psicológico que anteriormente se llamaron “escuelas”. Esto no es por sí solo grave. Si lo es, y mucho, que los supuestos “paradigmas”, aunque a menudo se diga que la Escuela es “multiparadigmática”, sean invadidos por una fuerte tendencia a entenderlos como mutuamente excluyentes, o peor aún, como rivales.

Me parece preocupante que estudiantes escriban: “queremos que se respeten nuestras afinidades paradigmáticas” lo que equivale a proponer que se les deje colocarse (o estimule a hacerlo) en un encierro fragmentario dentro del pensamiento psicológico, es decir, en una visión no real de la ciencia que han elegido.

Cualquier rivalidad sectaria o caricatura que se alimente en nuestro quehacer académico atenta seriamente contra el proceso formativo que protagoniza la comunidad docente-estudiantil. La pluralidad de pensamiento es el principal motor de nuestra disciplina. Su caprichosa fragmentación en pedazos incompatibles nos arrastra a perder de vista algo esencial: el objeto de conocimiento y transformación de la Psicología siempre albergará distintas corrientes de pensamiento. Es válido situarse en una de ellas, pero nunca ignorar sus verdaderas contradicciones epistemológicas con otras, así como sus aproximaciones.

Incluso en el ámbito laboral ocurre frecuentemente que trabajen juntos, en armonía, profesionales en Psicología que adhieren a epistemologías diferentes. Aunque el sectarismo no ha desaparecido, sobre todo desde posturas ultrapositivistas. Les cuento que en Chile, cuando acudimos varios psicólogos

1 Dr. Daniel Flores: recuerdo que, en este aspecto, había unos cursos de integración donde incluso Henning Jensen era uno de los profesores, pero éstos se perdieron.

a dar apoyo a 33 mineros atrapados en una mina subterránea, alguien decidió, en esa urgencia, repartir folletos ridiculizando el psicoanálisis. En nuestra Escuela se dieron, hace no pocos años, actitudes similares, solo que estas veces se recurrió a sketches semiteatrales.

Agrego que la psicología académica ha sido pródiga en falsos problemas. Por ejemplo, el manejo mutuamente excluyente de lo cuantitativo y lo cualitativo, o de lo social y lo biológico.

P: ¿Cómo considera que ha sido la evolución de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica donde ha trabajado cerca de 50 años?

R: Sin duda ha habido una evolución, principalmente porque la Escuela se ha ido consolidando con el aporte de un cuerpo docente nutrido y bien calificado.

En lo que respecta a su plan de estudios, a primera vista pareciera estancado desde que se aprobara el Plan 1990, ya que nominalmente los cursos son básicamente los mismos. No obstante, hay que considerar que el contenido de estos cursos no permanece igual, en virtud de los cambios que le imprimen los propios docentes a cargo o sus sucesores.

Pienso que hay varios puntos a resolver. Entre otros:

La comunicación programática entre los cursos es insuficiente, lo que favorece vacíos, repeticiones de contenidos y no raras situaciones en que se asume que ciertos temas ya fueron tratados en programas anteriores y no lo han sido. Siempre he dicho que hace falta en la Escuela algo así como un “consejo de profesores” o “claustró académico”, como se les llama en muchas Escuelas o Departamentos de Psicología en Latinoamérica.

Los profesores necesitan dialogar periódicamente, para conocerse mejor y encarar problemas como el que acabo de citar y poner punto final a rivalidades falsas o supuestas entre ellos o ellas.

La Escuela adolece de una fuerte falta de memoria. Les narro una anécdota: en cierta ocasión, el profesor Manuel Martínez me invitó a conversar con sus estudiantes, no de primer ciclo, sobre la historia de la Escuela. Les leí una lista de nueve “profesores estrellas”, que ya habían retornado a sus países de origen tras despertar mucha adhesión en un tiempo cercano y tenían numerosos seguidores que los admiraban. Pues bien, los estudiantes no ubicaron a ninguno, ni de oídas.

A mí por lo menos, me pareció que los docentes tomaban en cuenta poco o nada los programas de los cursos que existían antes de tomarlos a su cargo, particularmente esto me ocurrió con Psicología del Deporte y la Recreación, pese a que a mi retiro dejé una propuesta de 60 páginas sobre la materia.

Por otra parte, antes miraba la existencia de facultades de Psicología como una suerte de gancho publicitario para atraer estudiantes. Ahora creo que la creación de una Facultad de Psicología en la UCR permitiría unir las diferentes dimensiones de la psicología, que no es totalmente “una ciencia social” sino una síntesis de conocimientos diversos, y fortalecer los lazos entre la Escuela y el Instituto de Investigaciones Psicológicas.

P: ¿Cómo ve el desarrollo de la psicología social en la Escuela?

R: Su vigencia experimentó un declive importante en la Escuela, al menos con ese nombre. Se trata de un fenómeno que se extiende a muchos países latinoamericanos y a mi juicio es el resultado de la sofisticación competitiva en que incurrió una mayoría de autores en sus publicaciones. Desplegaron un denso lenguaje con pretensiones teóricas y a muchos les pareció adecuado lucirse con terminachos innecesarios (por ejemplo, “desequidistribución” en vez de distribución desigual).

Por otra parte, recuerdo que anteriormente se realizaban seminarios y jornadas en la materia, pero todo eso “se perdió”. Con especial cariño rememoro las Jornadas de Psicología Social, cuya coordinación estuvo a cargo de la fallecida profesora Graciela Blanco Martén.

Lo anterior puede relacionarse también con los flujos y reflujos de la teoría dentro del proceso formativo. La psicología social académica ha mantenido esa vocación teorizante sobre la cual conversábamos y ella choca en nuestro caso con ciertos brotes utilitaristas.

Pienso que la psicología es una ciencia muy rica, hermosa y multifacética como para transformarla en una psicotecnia.

P: ¿Cuál es su perspectiva histórica acerca del desarrollo de la psicología en el ámbito profesional en nuestro país?

Evidentemente su encargo social ha crecido y se ha diversificado mucho. Soy miembro fundador de nuestro Colegio Profesional e hice parte en 1978 de su primera Junta Directiva. Pero en años más recientes he estado poco vinculado a la Orden. Sé que hay 14.000 profesionales en Psicología, de los cuales 9.800 se registran como activos. Ignoro por completo la cantidad de no colegiados que hay ejerciendo.

Creo que la pregunta que me hacen nos remite como Escuela a dos problemas diferentes pero estrechamente relacionados: Uno es el empleo psicológico, tema en que resalta el papel posible del Colegio en ello y la producción de información actualizada y confiable. Se supone que solamente

2 MSc. Ginette Sánchez: esa intolerancia de estilos de pensamiento responde también a la situación del país: no hay diálogo.

el Colegio tiene la posibilidad de obtener los datos primarios necesarios sobre el comportamiento del empleo y el subempleo y la cesantía que existan. Y sobre todo el deber de impulsar ese empleo.

En el año 1986, dirigí un estudio sobre el ejercicio de la psicología profesional en el país, el cual albergó dos tesis de grado. Posteriormente, el profesor José Manuel Salas Calvo coordinó un módulo sobre el tema. Entre nuestras conclusiones, planteamos que el empleo en Psicología no podía ser analizado solamente desde el punto de vista de la demanda existente en los diversos mercados de empleo. Esto porque la oferta se produce en gran parte por iniciativas de los propios graduados, por lo general jóvenes. A manera de ejemplo significativo, al Hospital Nacional de Niños llegó un grupo de psicólogas a colaborar con la Sección de Niños Quemados. Hicieron un buen trabajo voluntario y luego fueron contratadas.

Otro problema es la relación determinante que se da entre la formación profesional y el empleo. Todos los problemas parásitos que se puedan producir en nuestra Escuela – manejo sectario de supuestos paradigmas, rivalidades absurdas, subvaloración de la teoría, etcétera – dañan directamente el proceso formativo y con ello reducen el potencial creativo de los jóvenes en el problema.

Tampoco se puede ser condescendientes ante la existencia de escuelas privadas que no tienen los medios y capacidades para formar profesionales en Psicología. A los mercados de empleo concurrimos todos y las deficiencias de otros nos contaminan.

P: ¿Hacia dónde creé que va el desarrollo de la psicología académica costarricense?

Bueno, ha tenido un rápido crecimiento y no veo razones para que se detenga. En lo académico, la Escuela necesita un cambio curricular. Esto implica actualizar los cursos que así lo requieran y trazar una verdadera malla curricular, rescatar un sistema modular olvidado y lograr que el profesorado desarrolle una interacción grupal permanente. Todo esto en pro de una integración epistemológica que convierta las diferencias en motor importante para el debate constructivo y profundo.

Ya no soy profesor activo y en nuestra Asamblea se plantean algunos puntos que desconozco. Hace falta desarrollar un proceso de planificación estratégica, que en ningún momento se confunda con una planificación normativa.

La actual dirección lo está haciendo muy bien, pero hace falta que docentes y estudiantes aporten más ideas innovadoras. No estoy activo y eso no me permite ver suficientemente cerca este problema, pero quisiera traer a

colación un hecho preocupante: los pares externos que intervinieron, hace poco, en el proceso de re-acreditación de la Escuela, han dicho que los estudiantes no leen o leen muy poco en inglés.

Pero muchos docentes dicen estar preocupados porque sencillamente no leen tampoco en castellano. Si esta actitud llega a combinarse con el antiteoricismo” se creará un cóctel altamente nocivo para nuestro quehacer académico.

P: Con esta conversación se pretende hacer una semblanza del entrevistado y eso implica tocar una dimensión personal. Entendemos que tenés un fuerte interés por la literatura, el teatro y el cine.

R: Sí, siempre he sido un devoto del teatro, vinculado a nuestra disciplina desde tiempos ancestrales. Recordemos que Aristóteles propuso comprender la esencia del teatro como medio de imitación y catarsis; esto, en su obra «Poética» que hoy podemos leer como una “psicología del teatro”.

Mi pequeño libro de cuentos “*Crónicas de mariposas y sobrevivientes*” ganó hace años el primer premio del Certamen UNA-Palabra. Lo mismo ocurrió con una pieza teatral de mi autoría - La Maratón de baile – que para mi gran sorpresa fue puesta en escena por la Universidad de Arkansas como parte de un Festival Hispanoamericano de Teatro. Se disculparon por no tener plata para mis pasajes y simplemente no la vi.

Más recientemente, publiqué gracias a Tinta en Serie, una obra cuyo título tomé de la canción “Volver a los 17” de Violeta Parra, titulada “En este instante fecundo”. La Escuela de Artes Dramáticas me honró con una lectura dramatizada, que tiene una dosis de interpretación. Me emocionó ver el Teatro Universitario lleno, no lo podía creer.

Ahora estoy incursionando en el cine. Intentaré producir una película, cuya historia y guión son de mi autoría.

P: Le agradecemos mucho esta conversación y el gran detalle que nos has ofrecido. ¿Quisiera agregar algo?

Bueno, en primer lugar agradecerles esta entrevista a domicilio. Ha sido muy grato dar un vistazo a mi medio siglo en la Escuela. He podido compartir muchas cosas con su gente, abundantes menesteres académicos y grandes amistades que perduran. No puedo dejar de recordar que a mi primera esposa la tuve como alumna en Psicología del Trabajo y dirigí su tesis de grado, junto a Ignacio Dobles. Me refiero a Gilda Pacheco Oreamuno, quien dolorosamente falleció.

Termino resumiendo: Mantuve hasta mi retiro y hasta hoy los principios que forjé en esta querida Escuela: una concepción de nuestro objeto de estudio basada en los procesos de conciencia, sentimiento y acción de individuos que

sintetizan y se diferencian situados en una realidad total, la unidad dialéctica de lo biopsicosocial, la teoría como dimensión inacabable de la práctica, etcétera.

Y algo más: no entiendo a la Psicología solamente en su doble dimensión de disciplina científica y profesión, ha de ser un proyecto a vida y por lo tanto vivirla como tal. Por eso es enriquecedor nuestro acercamiento al saber popular y a las artes. En lo que respecta a esto último, sería muy bueno formar un grupo o taller de escritores y escritoras. Hace poco tuve ocasión de conocer la poesía de Javier Tapia y antes la de Mauricio Molina, Mirta González es novelista, Jorge Sanabria publica cuentos, Ricardo Ulloa es un ensayista con potente imaginación. La lista es, por supuesto, incompleta.